



Alicia Beravides

Unas palabras por Carlos Franco

Me parece mentira estar escribiendo estas líneas. Carlos Franco siempre me cayó bien, siempre tuvo la gran capacidad de entretener, de decir cosas oportunas e incluso con una dosis de sabiduría. Hubo una época en la que todos estábamos a la expectativa de su palabra y él, astutamente, se hacía esperar. No fue un político de acción. En todo caso, yo lo conocí después de los años de la famosa Aplanadora velasquista, aunque no me imagino a Carlos aplastando a nadie. Fue, fundamentalmente, un pensador político. Un analista. Un hombre reflexivo. Un conversador en voz baja, porque tanto él como su hermano Kato siempre se dirigían al público con esmero, educación y muy buena dicción. Las dos últimas veces que lo vi ya no pertenecía a Cedep, la institución con la que se identificó por años. Sus amigos de generación fueron Héctor Béjar, Federico Velarde y Pancho Guerra. En los últimos años de su vida era nada menos que embajador en el Uruguay. Lo hizo muy bien. No era un cargo de carrera. Pero él, con su inteligencia y sencillez, supo transmitir la idea fundamental de su vida: una persona es otra cosa que su cargo. Y todos se dieron cuenta. Sobre todo su esposa Carmela y su hijo Fabrizio, a quien conocí cuando su padre agonizaba con elegancia, lejos del mundanal ruido, en un hospital de Lima. En **desco** lo quisimos y lo vamos a extrañar. (ASL)